

que él aparece, como una mosca, en la punta de edificios altísimos, adonde no necesitó para subir sino su agilidad de otros tiempos, como hace el escalatorres de éstos, adhiriéndose a la pared como una salamanquesa y auxiliado por unas sogas.

—Yo tengo cursados estudios de ingeniería en la Universidad de Lieja—añade, como para quitar algo de pintoresquismo a su honrada profesión, de la que es celoso y entusiasta.

Soy, además—vuelve a decir, en otro ratito de suspicacia—, inventor de pararrayos.

Nos extiende sobre su mesa unos planos; nos explica cosas harto complicadas, y remata exclamando:

—¡Ciento noventa y ocho puntas difusoras!

Este pararrayos de mi invención es mi orgullo. Con él...

—¿Pueden caer ciento noventa y ocho rayos a la vez sin que pase nada?...

Ríe de mi ignorancia en la materia.

Lo más bonito de la fábrica de pararrayos (el reportero, a veces, es como el niño, que le atraen las cosas más tontas) son estos anuncios tan graves y decisivos, que el señor Parfonry tiene a la entrada de su casa.

Uno es una noche oscura de rayos y truenos, en que una pobre mujer chilla, asomada al balcón de su casa, porque, en vista de que no le ha mandado a don Alfredo poner un pararrayos, le ha caído un tremendo rayo que le ha echado abajo, de un bocado, un pico del edificio. Todo ha empezado a arder, y la mujer

Por ciento noventa y ocho puntas, este aparato, de particular invención, difunde la electricidad necesaria para que el rayo se vuelva con viento fresco sin tocar la casa donde este pararrayos se instale.

tiene una espantada cara de querer apurarse de verdad. ¡No habrá salvación para ella!

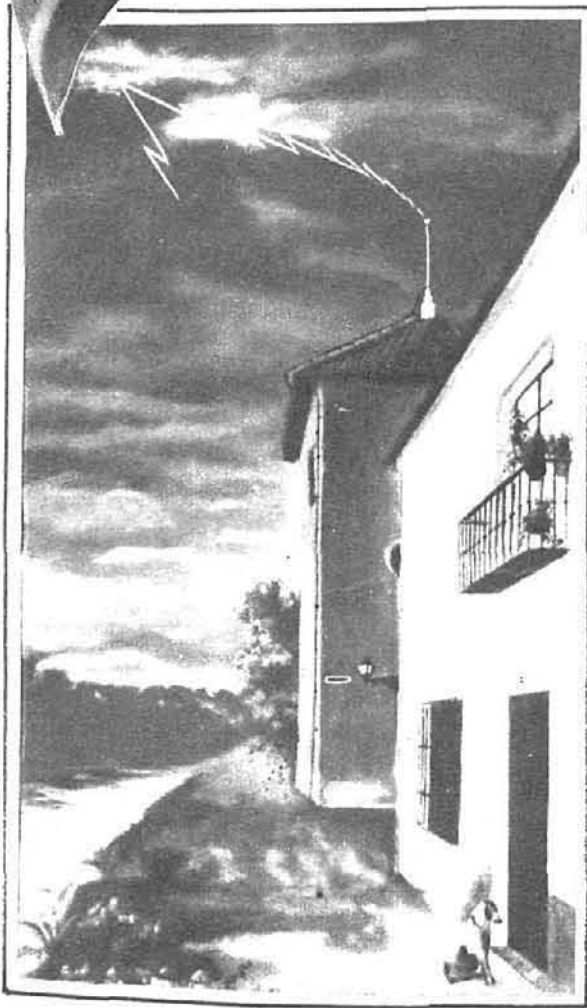
Esta es como la primera parte de una enternecedora historia que el señor Parfonry ha inventado para contarla a los clientes, a fin de que comprendan la necesidad de poner pararrayos.

La segunda parte de la historia figura en otro cuadro, en que aparece, no ya la misma noche de tormenta, sino otra más atroz, con muchos más rayos y otros horribles truenos más espantables que los del otro cuadro.

Pero ¡ah! Abajo, en la esquina de la casa, junto al suelo, un travieso can alza tranquilamente la patita. Y por el balcón abierto de la casa, iluminado en la noche, se ve a una familia feliz que oye, sonriente, el gramófono.

¿Cómo puede ser eso? ¿Cabe tanta felicidad en noche tan espantable?

Si a Franklin se le llega a ocurrir lo que a nuestro reportero gráfico, un pararrayos portátil adaptable al paraguas, los paraguas servirían para algo más que para mojar a los que los usan.



Todos los rayos que caigan en esta casa sólo servirán para asustar al niño, que no acaba de dormirse.

—¿Y cómo los pone usted?

—Pues... por el procedimiento del "hombremosca", gateando por las torres y las fachadas de las casas.

Nos quedamos mirando la respetable curva de la felicidad de este grueso y abultado señor. El sonrió, comprendiéndolo:

—Ahora, ya no. Ahora gatea mi hijo Alfredo, mi sucesor en el oficio.

Conocemos muy bien a su hijo, por otra parte simpáticamente popular en todo Sevilla: don Alfredo Parfonry, activo periodista sevillano, además...

—Y dígame: ¿es cierto que tiene usted un diploma por "instalar pararrayos sin andamio"?

—Sí, señor... Vea.

Nos muestra un rollo viejo, que, al desliarlo, gruñe enrollándose en cuanto se escapa de los dedos. Es un diploma de la Exposición de Gante, otorgado, en efecto, por el mérito de instalar pararrayos sin necesidad de andamiaje.

El señor Parfonry nos enseña fotografías en



En su maravillosa fábrica de pararrayos, el pararrayista nos muestra esos aparatos que, vistos de cerca, no dan la menor idea de que con ellos pueda uno nada menos que vencer al terrible rayo asolador.

Sin duda, sí. No hay más que observar cómo en el tejado de la casa un soberbio pararrayos del tamaño de más de la mitad del edificio, ha cogido un puñado de rayos que venían derechos a destruir la dicha de esta familia, y... los ha mandado a paseo. ¡Hala, rayos granujas, enemigos de los imprevisores, que no le adquieren pararrayos a Parfonry! ¡Hala por ahí! Y hasta el perrito se... chuflea de la tormenta.

¡Cuántas veces, en noches de lluvia, bajo mi paraguas, de chico, me he quedado embozado contemplando estos sugestivos anuncios del señor Parfonry! Y si sus pararrayos hubiesen sido de dulce, yo le habría comprado muchos...